

Así fue, así pasó

Isabel de Armas

Parece imposible que con las toneladas de páginas que se han escrito sobre la Segunda República española, todavía se puedan aportar cosas no sabidas, o matices nuevos. El libro que nos traemos entre manos es un claro ejemplo. Palabras como puños se trata de un trabajo colectivo, coordinado y dirigido por Fernando del Rey, y que ha sido publicado con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura. Los autores del mismo, historiadores y politólogos, son profesores de Historia Contemporánea y de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en las universidades Complutense, Carlos III, Rey Juan Carlos, Autónoma de Madrid y UNED. Los nombres de estos autores, aparte del ya mencionado del director, son: Gonzalo Álvarez Chillida, Manuel Álvarez Tardío, Hugo García Fernández, Eduardo González Calleja, Pedro Carlos González Cuevas, Diego Palacios Cerezales y Javier Zamora Bonilla.

Para del Rey, la razón que explica ese eterno retorno al corto periodo republicano es que su historia condensó muchas de las claves esenciales para comprender el pasado español de los dos últimos siglos. «En apenas cinco años –puntualiza– se manifestaron las principales líneas de fractura arrastradas por nuestro país en su trayectoria contemporánea: aquellos desafíos irresueltos que coleaban cuando menos desde el siglo XIX, por encima de los cuales sobresalía la difícil dimensión de la democratización de la vida pública». Aquellos «desafíos irresueltos» eran: la construcción nacional, las relaciones Iglesia-Estado, la «cuestión social», la estructura de la propiedad, el problema militar...

Fernando del Rey (Director): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011.

El mundo hasta 1914 se había desarrollado a caballo entre el liberalismo constitucional y las autocracias monárquicas más o menos aperturistas. La *Gran Guerra*, la revolución y su consiguiente réplica contrarrevolucionarias, establecieron el inicio de una época extremadamente violenta y muy distinta del mundo político anterior. A partir de 1922 irrumpió el fascismo, otra corriente política orientada como el bolchevismo hacia la guerra civil, que también pasó a controlar un Estado (Italia) al tiempo que despertaba extendidas simpatías en muchos países al amparo de su antimarxismo, de su condena del liberalismo y de su impugnación de la democracia *burguesa*. Entre las dos guerras mundiales numerosos países de todo el mundo, principalmente europeos, generaron alguna corriente intelectual o algún movimiento político directa o tangencialmente emparentado con el fascismo. «Convertidos en enemigos acérrimos desde muy pronto –escribe Fernando del Rey–, bolchevismo y fascismo se alimentaron y combatieron mutuamente desde entonces». El mismo autor puntualiza que sería una gran simplificación plantear la historia del periodo de entreguerras como la historia del conflicto entre el fascismo y el bolchevismo, pero tampoco duda que se trata de un factor esencial a tener en cuenta.

Los profesores que han realizado el presente trabajo consideran que todavía no se ha dicho todo lo que cabría decir sobre los procesos políticos y los problemas que vertebraron la historia de nuestro país en aquel período, imposible de comprender al margen de lo que aconteció en el conjunto de Europa. «La investigación que subyacen en este libro –matizan– encuentran su razón de ser en la insatisfacción compartida en torno a la idea de que la historia de la República no se ha desprendido del todo de las percepciones míticas que durante mucho tiempo han impedido un conocimiento cabal de su vida política». Sólo tras la muerte del dictador, y ya entrados en la democracia, se han podido escribir muchos de los mejores trabajos sobre la República. Fernando del Rey puntualiza que «algunos todavía plenamente vigentes se produjeron entonces». Del Rey considera que, desde enfoques dispares, buenas y equilibradas síntesis recientes sobre la República son las de Payne (1995), Gil Pecharromán (2002), la coordinada por Juliá (2004) y Ranzato (2006).

Sombras que tapan la luz

Desde sus primeras páginas, *Palabras como puños* quiere dejar claro que la larga sombra proyectada retroactivamente por la Guerra Civil y la dictadura franquista sobre la República y la reciente Transición a la democracia ha dificultado enormemente la pretensión de estudiar la República en sí misma y con afanes solo científicos. Habitualmente, ha primado más la perspectiva de verla como el antecedente que desembocó en el choque armado más sangriento de la historia de España. «En consecuencia –concluye del Rey–, las percepciones interesadas, de glorificación exagerada o de condena sin paliativos, siguen lastrando el trabajo de los historiadores al tiempo que continúan envenenando los debates públicos».

Los ocho profesores que han realizado este trabajo están convencidos de que una aproximación fría, distanciada y académica a los años treinta del siglo pasado es factible sin necesidad de tomar partido en las polémicas ideológicas actuales, «tan artificiosas –insisten– como absurdas». Desde este punto de partida, se han preguntado sobre la naturaleza de la democracia republicana, poniendo especial atención en el impacto de las retóricas de intransigencia y de la violencia política en el escenario público, a fin de medir la calidad y el alcance del proceso democratizador iniciado en la primavera de 1931 y abortado abruptamente en el verano de 1936. «Un proceso desarrollado –nos recuerdan–, en un contexto europeo y mundial extraordinariamente problemático (depresión, auge de los fascismos y las dictaduras, expansión de la Unión Soviética...), que no dejó de repercutir en España».

El presente estudio se centra en analizar «las culturas políticas de los actores del período y su reflejo cotidiano», por eso investiga tanto lo que éstos dijeron como lo que hicieron. Pero no se ocupa de todos los actores, sino de aquellos que o bien se opusieron frontalmente desde el principio a la democracia republicana, o bien sostuvieron una estrategia de semilealtad en medio de graves desencuentros y rupturas. De quienes aceptaron la República, que los hubo, y la concibieron como un marco de convivencia susceptible de construirse entre todos los españoles, no se ocupa este libro. «Preferentemente –puntualiza el director y coordina-

dor-, se ha buscado analizar a fondo los discursos, los valores, las actitudes y las estrategias intransigentes para calibrar, en suma, el impacto de la *brutalización* de la política en el caso español».

Cada autor, a la hora de desarrollar su capítulo, ha seguido unos mismos ejes básicos a los que ha buscado dar respuesta: la idea de democracia que tuvieron las fuerzas analizadas, la concepción de la República, la valoración de las instituciones representativas, la consideración del adversario, el valor de las elecciones como mecanismo de alternativa en el poder, el grado de respeto a las reglas del juego establecidas, la proyección o no de los valores democráticos en la vida diaria, la violencia como instrumento aplicado a la lucha política, etc.

Palabras como puños nos recuerda que para entender la debilidad de la República es importante tener en cuenta las fuerzas con las que tuvo que lidiar y que, en mayor o menor grado, contribuyeron a socavarla: un movimiento anarcosindicalista muy potente; un catolicismo autoritario y antiliberal que se acabó convirtiendo en una poderosa fuerza política; un socialismo marxista no menos poderoso que se despeñó por el abismo de la radicalización; y un pretorianismo militar, jaleado por los minoritarios grupos monárquicos y fascistas, cuya vocación intervencionista en la vida pública resultó decisiva en la destrucción del parlamentarismo y la democracia. Para entender la debilidad de la República también considera importante la actitud de algunos grupos de los que, en principio, sólo cabía esperar una firme defensa de la democracia liberal, tal es el caso de una parte considerable de la izquierda republicana, también estudiada en este libro, «cuyo dogmatismo y empeño exclusivista –afirma Fernando del Rey– le condujeron a concebir una democracia en la que sólo pudieran gobernar sus fundadores, es decir, una democracia huérfana de pluralismo liberal y demasiado condicionada por la pauta revolucionaria».

Unas élites poco modélicas

En el libro que comentamos se reconoce que, aunque de tarde en tarde se glorifique el mito de la República, esta experiencia

democrática y sus élites rectoras tuvieron poco de modélicas, hasta el punto de que sólo de forma forzada se les puede considerar antecesoras de la democracia española actual. Pero no deja de tenerse en cuenta que al gobierno republicano le venían las dificultades y los obstáculos por un lado y por otro. Por parte de la derecha, monárquicos tradicionalistas, carlistas, católicos corporativos, fascistas... grupos que no miraron a la democracia liberal como punto de llegada. Pero también en el flanco izquierdo encontró la República grandes obstáculos, en particular los protagonizados por las izquierdas revolucionarias. Los comunistas, que eran pocos, y sobre todo los anarcosindicalistas le declararon la guerra prácticamente nada más nacer.

En aquella España de los años treinta del pasado siglo, actitudes como pactar y dialogar, fundamentales en cualquier sistema que aspire a proteger y amparar el pluralismo social y político, fueron denostadas. De este modo, la moderación en el lenguaje, la prudencia en el uso de las descalificaciones, el respeto por los procedimientos o la consideración generosa del adversario, casi desaparecieron en el escenario político. «Ciertamente –puntualiza del Rey–, el éxito de culturas políticas que animaban o justificaban la violencia y la victoria total sobre el adversario tenía mucho que ver con el total desprecio de la democracia formal». Para unos, porque ésta era sinónimo de opresión burguesa y de utilización del Estado al servicio de los poderosos, y para otros, porque la identificaban con la debilidad del Estado frente a la revolución y la disgregación social.

En este libro se subraya que, en los cinco años escasos que duró aquella experiencia, las fuerzas políticas en liza fueron responsables de sus actos y de las estrategias, discursos y valores que defendieron. «A tenor de cómo plantearon sus artífices la democratización –se dice textualmente–, de las resistencias que despertaron a su paso, de los lenguajes excluyentes que se esgrimieron, del desarraigo de los valores liberales y de la omnipresencia de la violencia, bien puede afirmarse que todo ello debilitó la democracia republicana, dando pie a que desde muy pronto se contemplase el enfrentamiento bélico como un desenlace probable».

Sólo contemplando el contexto internacional se puede entender en profundidad la «quiebra» de la República. «La Segunda

República –afirma en su capítulo Javier Zamora– fue el mayor exponente español de la «crisis histórica» que sufrió toda Europa durante la primera mitad del siglo XX ante la quiebra de muchas de las creencias vigentes en el siglo XIX». Entre las creencias quebradas, el profesor Zamora destaca: la creencia en que la extensión de la cultura a todas las capas sociales mejoraría al hombre; la creencia en que el progreso de la ciencia y de la tecnología sólo traería resultados positivos para la humanidad; la creencia en que los sistemas parlamentarios liberales eran la máxima expresión de la cultura política; la creencia en que Dios era la garantía de los valores morales; la creencia en el modelo tradicional de familia como base del orden social; la creencia en la adscripción de ciertos roles en función del sexo para la organización de las sociedades que postergaba a la mujer en la vida pública; la creencia en ciertas jerarquías sociales... Y en este marco de quiebra de tantas creencias fue proclamada la Segunda República española, entendida como una revolución que iba a romper radicalmente con el pasado. Unos pensaban en la consecución del socialismo, otros en una democracia avanzada con importantes concesiones a la clase obrera, otros, en fin, en una república federal, pero todos tenían un sentido patrimonialista de dicha revolución. Ni que decir tiene que esto hacía muy difícil la integración en el régimen que se estaba construyendo.

El contenido de la Constitución de 1931 fue, en consecuencia, abiertamente excluyente. Su texto fue aprobado sin apenas participación del conjunto de las derechas. El contenido de muchos de sus artículos suponía un claro desafío a sus creencias y convicciones más arraigadas, lo mismo que a sus intereses materiales: separación de la Iglesia y el Estado; posibilidad de nacionalización y socialización de la propiedad; plena secularización de las instituciones; prohibición a las órdenes religiosas de ejercer la industria, el comercio y la enseñanza, etc.

Un trabajo consistente

Palabras como puños es fruto de un esfuerzo colectivo bien coordinado y cohesionado, en el que se reúnen una serie de inves-

tigaciones originales, que han respondido a una metodología y a unos objetivos compartidos. Además, la totalidad de los textos han sido discutidos por los integrantes del equipo en largos y profundos debates. En cuanto al contenido, hay que apuntar que, tras una interesante introducción, titulada «La democracia y la brutalización de la política en la Europa de entreguerras», el libro está dividido en cuatro partes. La primera está dedicada a libertarios y marxistas; la segunda, a jacobinos y nacional-populistas; la tercera, a conservadores y fascistas; la cuarta, y última, bajo el título «Otras voces», incluye dos capítulos, uno dedicado a «los discursos irresponsables y retóricas intransigentes», y otro a «la policía y la República».

De los libertarios, este libro destaca su intransigencia con los que consideraban «enemigos derechistas». «Si la República quiere vivir –decían tajantes– tendrá que bautizarse, mal que le pese, con la sangre de estos déspotas, miserables y perjuros». La CNT, pero sobre todo la FAI, siempre destacaron por su radicalización (exigían plenos derechos sindicales, amplias mejoras sociales, «justicia» implacable contra los criminales del viejo régimen, y una república sin militares, policías ni jueces). Defendían la República como medio que facilitaba la necesaria preparación para la revolución social.

En cuanto a las líneas básicas de la táctica de los comunistas españoles, el libro que comentamos las resume así: combinar la lucha electoral con la lucha extraparlamentaria, de acuerdo con la situación de cada momento, con el objetivo de promover una revolución soviética a corto o a largo plazo. Del partido socialista –salvando a los besteiristas y, solo en parte, a los prietistas– hace un balance básicamente negativo, ya que, actuó como un bloque cerrado en sí mismo, instrumentó la República burguesa desde posiciones excluyentes y sin renunciar a la revolución, y su política de «clase», lejos de beneficiar al conjunto de la sociedad, amenazó frontalmente los intereses legítimos de importantes sectores políticos y sociales.

De los radical-socialistas, se apunta como nota dominante, que tenían un lenguaje y una cultura política que les impedía conceder valor alguno al pacto con los adversarios, esa actitud estaba tan arraigada que incluso dentro de la vida de su grupo fue habitual

un grado de intolerancia y confrontación que acabaría impidiendo la consolidación del grupo más nutrido de la izquierda republicana. En cuanto ERC (Ezquierda Republicana de Cataluña), aparece como un conglomerado político plural, contradictorio y complejo, en el que convivían sectores republicanos sinceramente democráticos con un ala nacionalista radical (*Estat CATALA*) de tono autoritario que llegó a coquetear con el totalitarismo.

Al referirse a la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y su posibilismo, este libro hace especial hincapié en la complejidad y heterogeneidad de este grupo, al que no caracteriza como un simple invento ideológico de católicos autoritarios y corporativos destinado a conseguir por medios legales la destrucción del sistema. Distingue claramente a esta formación de los monárquicos de *Acción Española* y su línea de pensamiento, aunque ambos compartían –también AP (Acción Popular) y AN (Acción Nacional)– una misma imagen del adversario como un revolucionario que deseaba destruir la España católica y ninguno escatimó recursos dialécticos en sus denuncias.

En cuanto al fascismo español, representado por el partido Falange Española de la JONS, se destaca que apareció muy tardíamente en el escenario político español durante el período de la Segunda República, como una fuerza resultante de sucesivas fusiones que, entre 1931 y 1934, protagonizaron grupos políticos e ideológicos unidos por una común perspectiva nacionalista. Pese a las dudas y los escrúpulos políticos de su líder, J. A. Primo de Rivera, Falange se sumó finalmente a la sublevación de julio de 1936. Sus dirigentes sucumbieron a la catástrofe de la Guerra Civil.

En *Palabras como puños*, izquierda y derecha aparecen como rivales irreconciliables, y el adversario siempre es un enemigo peligroso. Si las izquierdas tachaban de fascistas a todos los conservadores por igual, las derechas antimarxistas parecían dar por buena la simplificación y la trasladaban a la otra orilla, identificando a todos los grupos de izquierdas bajo una misma etiqueta. Se trataba de dos posturas rivales con gran capacidad movilizadora y con ideologías políticas que parecían no compartir un mínimo común denominador que permitiera asentar la convivencia entre los españoles.

A pesar del papel que desempeñaron la violencia y la intransigencia política en aquel corto período republicano, ¿puede decirse que la Segunda República fue una experiencia modernizadora y democrática? El serio y consistente trabajo que comentamos pone de manifiesto que, fueron demasiadas las sombras empeñadas en tapar la esperanzadora luz.

Así fue, así pasó aquella convulsa y agitada vida política de la sombría España republicana del pasado siglo ©